

servidor, se sacrifica por nosotros. A mí se me vigila de cerca; solo me rodean espías. Hemos empezado á suscitar sospechas y es preciso que adoptemos una resolución, sino somos perdidos. El portador os lo dirá todo. Repito que fieis completamente en él.»

La reina vaciló un buen rato despues de la lectura de este billete, pero por fin se decidió á acercarse á la ojiva. Allí vió á un hombre de pié sobre un monton de piedras que habia agrupado para llegar hasta la ventana, demasiado alta para poderla alcanzar sin auxilio de nada.

Isabel fué la primera en hablar.

— Antes que todo vuestro nombre — dijo al desconocido — para que pueda bendecirle.

— Señora.....

— Vuestro nombre?

— Marqués de Poza.

— Gracias, marqués. Lo que haceis puede costaros la vida.

— Moriré gustoso.

— Oh! gracias, mil veces gracias!

Y dijo estas palabras con voz tan conmovida, que se adivinaban las lágrimas prontas á brotar como un arroyo.

El diálogo prosiguió en voz baja, tan baja que hubiera podido confundirse con el mas leve susurro de la noche.

— Cómo habeis entrado hasta aquí, marqués?

— Tengo una llave de la puerta del jardin.

— Y si os ven entrar?

— A nadie infundiré sospechas.

— Porqué?

— Porque todo el mundo sabe que mi futura es camarista de la reina, y creerán que la vengo á ver á ella.

— Y el príncipe?

— Está rodeado de espías que no le dejan un momento.

— Hemos sido pues vendidos?

— Al menos hay sospechas.

— Y quién es el que sospecha?

— Antonio Perez.

— Oh!

— Acortemos la conversacion, señora; os daré mas pormenores si os dignais darme cita para otra dia.

— Pues bien, mañana mismo.

— Dónde?

— Hallareis la puerta del pabellon entreabierta, empujadla, y entrad hasta mi cámara. Yo os aguardaré.

— Está bien, señora. Qué le diré al príncipe?

— Decidle que Isabel le compadece.

— Y nada mas?

— Decidle tambien que.....

— Qué?

— Que Isabel le ama.

Y la reina se hizo arrebataadamente atrás luego que hubo soltado esta espresion, como asustada de haber cedido al deseo de su alma que se la arrojara á los labios.

El marqués bajó de su pedestal y se retiró tranquilamente, sin observar que, así que hubo salido del jardin, un hombre le fué siguiendo paso á paso y con cautela.

V.

LA PRINCESA.

CADA dos ó tres noches iba el de Poza á ver á su futura, con la cual solia permanecer una hora en grata conversacion, entretenidos dulcemente en formar proyectos para el porvenir, en pasear sus dos juveniles imaginaciones por los campos dilatados de los ensueños.

Aura era feliz en aquellos instantes y no se hubiera cambiado por una reina. Amaba de corazon al marqués, se veía correspondida, y, tierna y pura, inesperta y confiada, dejábase mecer por los goces que le brindaba una existencia pasada junto al hombre á quien entusiasta queria.

Aura era una niña todavía, pero todas las noches que veia al marqués, escitada por las ardientes y amantes palabras de este, se entregaba por entero á las sensaciones tan íntimas como dulces y hallaba gra-

to sembrar de ilusiones las mas ricas y seductoras el camino de su triunfante porvenir, precisamente como aquel baron de Inglaterra de quien se cuenta que en un torneo hizo labrar el campo despues del combate sembrándole con miles de monedas de oro.

Cierta mañana estaba la jóven placentemente entregada á sus soñadores pensamientos, cuando una dama de arrogante belleza y deslumbradoramente vestida penetró en la estancia, dirigiéndose á la niña que no reparó en la presencia de la desconocida hasta que se sintió abrazar por la espalda, al propio tiempo que una voz dulce y meliflua le decia:

— Soy yo, amiguita mia.

Aura se volvió y exclamó levantándose sorprendida:

— La princesa!

Era en efecto la princesa de Eboli, la misma que, unida en relaciones de amistad con la familia de Aura, habia sido la protectora de esta debiendo á su influjo el ocupar el puesto de camarista de honor junto á la reina. La jóven, sin embargo, estrañó aquella visita pues tiempo hacia que no se habian visitado.

— Sois muy cara de ver, amiga mia, — exclamó la princesa besando á la jóven en la frente, — preciso es que vuestras buenas amigas vengan á visitarnos para que vos os acordeis de ellas.

— Mis deberes junto á la reina.... murmuró Aura.

— Oh! vuestros deberes! — interrumpió la princesa, — no son tantos que os impidan consagrar un momento á quien bien os quiere. Y á propósito! dejadme que os contemple. Sabeis que estais hermosa, amiga mia! Desde que no os habia visto, habeis duplicado vuestra belleza. Vais á ser el mejor adorno de la corte de Felipe II.

— Señora, donde vos estais, las otras no pueden ser mas que pálidas estrellas junto al astro.

— Gracias, Aura, gracias, tierna adúladora, pero si yo he sido astro, soy ya un astro que declina. No así vos, que cada dia añadís una nueva gracia á vuestro semblante y cada dia os presentais con mas lozania y mas esplendor en el horizonte de la corte.

— Señora....

— Que vida mas feliz la vuestra!... Si supierais lo que os envidio! Yo al contrario, siempre metida en ese cúmulo de negocios y de intrigas diplomáticas, sucumbo bajo el peso como el mas miserable leñador abrumado con su carga. No tengo un momento mio, no hallo un instante de reposo,

mis sueños son agitados, mi vida es una fiebre, no encuentro jamás una mano que se me tienda con franqueza y nunca resuena á mis oidos la voz consoladora de la amistad. Ay! esto no es vivir, Aura! esto es un infierno. Hoy mismo que he querido dedicaros unos momentos á vós, que he querido hallar unos minutos de tregua en el seno de vuestra amable intimidad, hoy mismo vereis como acaso me vengan á perseguir hasta aquí los negocios de estado. Os aseguro que es cosa insoportable!

Y la astuta princesa decia esto con un acento tal de naturalidad y de candor, que nadie al oirla hubiera puesto siquiera en duda el martirio de su existencia.

— No es estraño lo que me decís, — contestó la jóven con dulce sonrisa, no es estraño. La nacion pesa sobre vuestros hombros, segun dicen, mas que sobre los del monarca.

— Es una verdad. Por esto es que os envidio á vos, Aura, á vos, cuya vida se desliza tranquila y sosegada, sin temores, sin penas, sin cuidados. En efecto, qué es lo que os falta? Bella, envidiada, solicitada, amada... porque todo se sabe amiga mia, — añadió la princesa con una de aquellas sonrisas cortesananas que admiten todos los sentidos que quiere dárseles, — todo se sabe!

— No comprendo....

— Calla! os haceis la gazmoña!

Y la princesa al decir esto le dió con todo mimo un bofetoncito en la barba.

— Os digo princesa....

— No debéis decirme nada.

— Pero....

— Seriais capaz de asegurarme que no amais á nadie ni que nadie os ama?

— Oh! yo no digo tanto.

— Es que, hay cierto arrogante jóven de ojos negros que podria desmentiros.

— Creéis? — dijo la jóven ocultando con una sonrisa de conveniencia el sobresalto interior y clavando sus ojos en los de la princesa como si quisiera profundizar su pensamiento.

— Si creo. Debe haber por ahí un marqués de Poza que sabe sin duda lo que vale un corazon amante.

— El marqués es mi futuro, — se apresuró á decir Aura que temia que supiese la princesa lo de las entrevistas nocturnas y que temblaba á la sola idea de ser fábula de la corte.

—Pues os felicito, Aura. Hareis una bella pareja. El marqués es el hombre que os conviene.

—De veras?

—No hay en la corte otro hombre mas gallardo ni mas amable.

—No es verdad?—dijo con todo su infantil candor Aura.

—Es un jóven galante, emprendedor, generoso....

—Y amante sobre todo.

—Oh! sí, y amante sobre todo,—repitió la astuta princesa.—Cualidad es esta que ninguna dama le niega.

—Ninguna dama!—esclamó Aura con cierto poquito de alarma.

—Ninguna absolutamente.

—Pues que...

—Teneis celos? qué tonta!—dijo la marquesa con un aplomo y al mismo tiempo con un abandono de sencillez notables, haciendo como que no advertia que sus palabras caian como gotas de hiel sobre el alma de la jóven;—dejadle en buen hora que les diga amores á cien damas. Siempre sereis vos la favorita y la única que reinareis en su corazon.

—Pues que,—preguntó Aura con ansiedad,—el marqués les dice amores á otras damas?

—A todas cuantas vé, amigueta mia,—contestó la princesa con un acento de cortesana que no podia espresar mas.—Pero á vos qué os importa?

—Cómo que me importa?

—Es claro, no sois vos la favorita?

—La favorita! Que entendeis decir por esto, princesa?

—Toma! entiendo decir que sereis siempre la preferida, que sereis vos la sola que imperareis constantemente en su corazon, y que los demás solo serán amores pasajeros.

—Amores pasajeros! luego el marqués parte mi amor con el de otras mugeres? luego el marqués,—prosiguió la niña animándose por grados y cobrando su voz cierto tinte de virilidad y energía que no cuadraba mal al desenfado de su rostro—me abandona á ratos por otras? luego no es verdad lo que me dice? luego me engaña vil é infamemente al jurarme que á ninguna dama le consagra un solo recuerdo? Oh! princesa, princesa! esto es una indignidad, una traicion!

La de Eboli haciéndose la sorprendida ante aquella invasion de enérgicas palabras, miró un rato á la jóven de hito en hito como si no comprendiera toda aquella alarma; en seguida, bajando los ojos, soltó la mas franca

y mas sencilla carcajada. Aura, que esperaba verse compadecida, se quedó atónita ante aquella alegría, segun ella tan estemporánea.

—Cómo! ós reís, princesa....

—Pues no me he de reir!—dijo la princesa,—ja! ja! ja! si sois una niña.... ja! ja! ja!

—Princesa.

—Dispensadme, querida Aura, dispensadme mi hilaridad, pero no he podido contener la risa al ver lo grave y lo formal con que habeis pronunciado vuestras palabras.

—Pero que hallais de extraño en mis palabras?

—Hallo que sois muy niña, querida, cuando tomais tan á pecho lo que es en el marqués una cosa natural y sencilla.

—Natural y sencilla?

—Ni mas ni menos.

—Natural que le diga amores á otra muger que no sea yo?

—Pues es claro.

—Sencillo que me venda?

—Nada mas justo.

—Pues es una claridad y una justicia que yo no entiendo, señora.

—Querida mia,—esclamó entonces la princesa con un tonillo levemente irónico, de una ironía tan fina que era casi imperceptible,—en la corte se hace así y el marqués se pondria en ridiculo como así no lo hiciera. Los amores únicos, absolutos, entusiastas, ardientes, se dejan para los cuentos de trovador ó para las farsas de los ingenios. El de Poza, aun cuando os ame á vos, debe amar, para no ser considerado como un ente extraño, á otra muger, á dos, á tres si es necesario. Sin embargo, esto no quita que se enlace con vos y que entonces vos seais la preferida. Esto es la corte, querida mia.

—Princesa—dijo Aura con lágrimas en los ojos y con el corazon traspasado,—pues si es esto la corte, yo os digo que es incomparablemente mejor la vida mas infeliz de la mas infeliz vasalla de una aldea.

Iba la princesa á contestar y á rebatir sin duda esta opinion, cuando entró en la estancia un criado suyo portador de un mensaje.

Era un pliego que entregó respetuosamente á la de Eboli.

—Veis?—dijo esta volviéndose hácia Aura que estaba conteniéndose todo lo posible para no romper á llorar—no os dije que hasta aquí me perseguirian los negocios? Decid ahora si hay tormento comparable con el mio. Me

permitís, amiga mia? — añadió la de Eboli haciendo ademán de romper el cordon de seda que sujetaba la carta.

Aura contestó, solo con una cortesía. No podia hablar, porque su voz hubiera estado impregnada de sollozos.

La princesa abrió el billete y un papel, escapándose, fué á caer en el suelo á los piés de Aura. Inclínose esta para cojerle y se estremeció, se estremeció tanto, que su mano temblaba al dárselo á la princesa. Era que le habia parecido reconocer la letra del marqués.

La de Eboli recibió el papel con una política sonrisa de agradecimiento, leyó el billete, cuya lectura pareció inmutarla bastante, y en seguida devoró con la vista el papel que Aura le entregara. La jóven, por una estrañeza de que no acertaba á darse cuenta, seguia en el rostro de su protectora todas las peripecias de su semblante durante aquella lectura.

Luego que hubo concluido, la princesa hizo seña al criado para que se retirara y en seguida, saliendo al encuentro de los deseos de Aura,

— Estraño caso! — murmuró, — sabeis, Aura, lo que se me comunica?

— Qué?

La princesa miró á todos lados para asegurarse de que nadie podia oirla y acercó aun mas su asiento al de la jóven.

— Oid, Aura, voy á hacer entera confianza de vos; voy, ya que el cielo me ha traído aquí, á revelaros un secreto de la mayor importancia, pero secreto tal, amiga mia, que le costaria la vida al que lo divulgase. Inútil es pues, pediros la reserva.

— Tan terrible es? — dijo Aura con una curiosidad irresistible.

— Espantoso.

— Pues entonces, porqué me lo comunicais?

— Porque vos podreis quizá serme útil.

— Yo!

— Diciéndome la verdad, diciéndome todo cuanto sepais.

Aura se sobresaltó.

— Pues de quién se trata? — preguntó.

— Se trata....

Y aquí la princesa bajó la voz de modo que apenas llegaban sus palabras á oídos de Aura.

— Se trata de la reina.

Aura respiró.

— De la reina! — dijo admirada.

— Veis este billete? — le preguntó la princesa mostrándoselo abierto.

Aura vió algunos renglones indescifrables, escritos no con letras sino con signos estraños y desconocidos.

— Es de uno de mis agentes secretos — continuó la princesa, — que me escribe en el lenguaje que solo nosotros dos nos sabemos.

— Y bien?

— Este agente me dice que la reina tiene un amante.

— Un amante! ella! — exclamó Aura con un tono de incredulidad difícil de explicar.

— No lo creéis? — dijo la princesa.

— No lo creo, — contestó Aura. — La reina Isabel es jóven, pero rígida y severa en sus actos y costumbres. Es demasiado buena esposa para que pueda sospechársela de ilícitos amores. A mas, yo la veo á todas horas del dia, no me aparto apenas de su lado, estoy en la interioridad de todas sus menores acciones.... Creedlo, princesa. Han engañado á vuestro agente, le han hecho víctima de una infame calumnia.

— De una calumnia! Es demasiado astuto el servidor que me escribe para dejarse prender en un lazo. A mas, me da pruebas.

— Pruebas!

— Juzgad vos misma, — dijo la princesa recorriendo con los ojos los signos del billete á medida que iba hablando; — dícame primeramente que la mayor parte de las noches un hombre entra con todo sigilo por la puerta del jardin real con auxilio de una llave.

Aura al oír esto se inmutó de tal manera, palideció tan visiblemente, que no hubiera por cierto dejado de notarlo la princesa á no estar entregada completamente á la atencion que fijaba en ir descifrando la carta que tenia en las manos.

— Se cree — continuó la de Eboli sin levantar los ojos, — se cree que este hombre es....

— Es? — balbuceó la jóven con una amistad mortal.

— Es uno de los principales señores de la corte, pero sin embargo no se ha podido rastrear su nombre por el cuidado y cautela que tiene en recatarse el rostro con el ferreruelo. Hay casi una seguridad positiva para creer que luego que este hombre ha penetrado en el jardin....

Aura estaba pendiente de los labios de la princesa. Estaba en uno de aquellos calenturientos instantes en que se daria la vida para empujar y oír todas de una vez las palabras que solo una á una se desprenden de los

labios. La de Eboli iba muy lentamente, como si le costara decifrar el contenido. Aura se moria de ansiedad.

— Se dirige á un pabellon que es el que suele ocupar la reina, llama con el puño á los cristales como para anunciar su llegada, y en seguida se encamina á la puerta del pabellon que se cierra tras él. Es la reina ó una camarista la que allí le recibe? Esto, continua mi agente, es lo que hubiera sido mas difícil de averiguar, si por una casualidad, pero casualidad que nos cuesta mucho dinero, no se hubiese dado con unos versos del desconocido que claramente manifiestan cual es el objeto que le hace penetrar furtivamente en el jardin. Esto es lo que me dice mi agente—añadió la princesa doblando el billete.

Aura llegó á vacilar. Entraria otro hombre á mas del marqués en el jardin? La equivocarían á ella con la reina? Tal era lo que habia que resolver. Quedó la jóven un momento pensativa y mucho mas tranquilizada ya, pues creía que no podia ser el marqués el desconocido en cuestion, si era verdad que un desconocido entrase furtivamente de noche en el jardin.

Al cabo de un corto instante de pensar, Aura se decidió á arrostrar la situacion de frente y á confesar que era ella y no la reina quien tenia citas nocturnas. La jóven, con su corazon leal á toda prueba, preferia perderse á perder á la reina por una miserable equivocacion.

— Princesa, voy á deciros....

— Y son unos versos bonitos los tales! — dijo la de Eboli interrumpiendo á la niña. — Quereis que os los lea?

Y sin aguardar contestacion, desdobló el papel mismo que del suelo habia Aura cojido, y leyó:

Por vos suspira un corazon amante
preso en las redes de mas puro amor;
es adicto y leal, fiel y constante.

Trataréisle, señora, con rigor?

No habrá, ay de mí! señora, en vuestros ojos
ni un destello siquier de compasion?

Al rigor de esos pérfidos enojos
matar querreis á un pobre corazon?

Miradle á vuestros piés; paz ni sosiego

hallar no puede ya mi pecho fiel,

si no enjugais mis lágrimas de fuego

con torrentes de amor, tierna Isabel!

Qué os parecen los versos, Aura?

— Me parecen muy lindos, princesa.

— Si por la letra de los versos — murmuró la de Eboli, — pudiésemos venir en conocimiento de quien es su autor. Oh! sí, yo conozco esta letra, pero me falta atinar en quien puede haberlo escrito. Conocéis vos por acaso esta escritura, querida mia?

Y la princesa, clavando entonces resueltamente los ojos en el semblante de la jóven, le puso el papel delante.

Una palidez mortal, una especie de velo lívido cubrió el rostro de Aura que se puso á temblar como la hoja que agita el viento.

Los versos eran todos de letra del marqués.

La princesa hizo como que no notaba aquella alteracion y, para dar á su amiga tiempo de recobrarle, volvió á leer la última cuarteta de la poesia.

— Qué fuego hay en estos versos! — dijo.

Miradle á vuestros piés; paz ni sosiego

encontrar puede ya mi pecho fiel

si no enjugais mis lágrimas de fuego

con torrentes de amor, tierna Isabel!

Se conoce que el que así ha escrito, está verdaderamente enamorado. Solo un alma entusiasta por el objeto á quien se dirige, puede pintar su pasion con tanto estremo. No os parece así, querida?

— En efecto, — murmuró Aura con una voz que á nada humano se parecia.

Y repitió entré dientes:

Si no enjugais mis lágrimas de fuego

con torrentes de amor, tierna Isabel!

— Esto sale del corazon, no es verdad? — preguntó con una sangre fria portentosa la princesa.

— Sí, sale del corazon! — balbuceó Aura.

— Y ahora, prosiguió la de Eboli, — lo creéis aun calumnia? Podeis ahora dudar que la reina tiene un amante?

— Un amante! — repitió estremeciéndose la jóven.

— Un amante bien feliz y bien sincero cuando sabe vaciar en tan sonoros versos todo el ardor de su calenturienta ternura.

El alma de la jóven iba á hacer una esplosion, iba á reventar como una granada demasiado llena.

— Me ocurre un medio, — dijo de pronto la de Eboli.

Aura miró á la princesa con ojos que saltaban de sus órbitas.

—Quereis que os deje los versos y acaso con ellos podreis averiguar-me el nombre del desconocido? Puede que os sea fácil, y no dejareis de encontrar letra igual entre los papeles de la reina, si quereis observarlo.

—Espiar! — murmuró la joven.

—Yo no digo tal, — contestó la de Eboli. — Ya comprendereis, que es un secreto de importancia, de mucha importancia el que he fiado á vuestra amistad. Os pido solo que me ayudeis á descubrir el nombre del amante afortunado, del que dice tan tiernas cosas á una reina que deberá constatarle con otras iguales.

—Oh!

—Con qué, decidme: puedo contar con vos?

La jóven vaciló.

—Contad — dijo por fin con voz sumamente débil.

—Pues entonces, os dejo. Mi visita ha sido ya bastante larga y me reclaman mis negocios. Mañana ó el otro volveré y me dareis parte de vuestros descubrimientos. Adios, hija mia.

Y la princesa besó en la frente con toda amabilidad á la jóven, pero no pudo menos de experimentar un lijero estremecimiento. Efectivamente, sintieron sus labios un contacto tan frio, que no parecia sino que hubiese besado una frente de mármol.

La princesa se apresuró á salir.

En cuanto hubo atravesado el umbral, Aura se llevó las manos á los ojos y un torrente de lágrimas brotó de ellos.

La jóven no podia mas; estaba al cabo de sus fuerzas; se ahogaba.

La de Eboli halló en el corredor á Antonio Perez que le ofreció el puño, como era costumbre entonces, para bajar la escalera.

—Y qué? — dijo en voz baja á la princesa.

—Todo va bien, — contestó esta chispeando sus ojos de júbilo.

—Los versos?

—Han producido su efecto.

—Entonces.....

—Hemos triunfado.

—Y Aura?

—Es nuestra.

VI.
DONDE SE TRATA YA DEL BRAZALETE.

—DESENGAÑAOS, princesa — decia Felipe II cruzando á grandes pasos su gabinete y dirigiendo la palabra sin mirarla á la de Eboli que se mantenía en pié apoyada en el respaldo de un sillón, — desengañaos; yo no puedo ni debo obrar. Necesito una prueba, una sola. Vos que sois tan astuta, princesa, no podeis facilitarme esta prueba?

—Le he dicho ya á V. M.....

—Que un hombre entra todos los dias en el jardin de la reina, corriente. Pero quién es ese hombre? El príncipe no es, porque no se le ha vuelto á ver salir de palacio desde aquella noche fatal en que tampoco pudimos asegurar que él fuese el rondador; el marqués de Poza puede entrar para verse con su prometida Aura de Villa Medina; con quien me han dicho estaba para casarse. Por consiguiente, aun no pasa nada del terreno de las suposiciones.

—Señor, V. M. lo encuentra hoy todo natural y fácil, — dijo la princesa picada. — Yo doy indicios vehementes.

—Yo necesito hechos.

—Pero.....

—Nada; yo necesito hechos. Un testigo; un solo testigo que haya visto hablar de noche á la reina con el de Poza y entonces lo creeré. Mientras no sea así, princesa, no castigaré á nadie.